

La reproducción del vivir en medio de la tensión capital-vida. Trabajos y saberes para el cuidado de la vida

VERÓNICA MORENO URIBE

Se exponen los resultados de una investigación desarrollada en el centro de Veracruz, México, con 25 campesinas organizadas en dos grupos de ahorro. Durante dos años se trabajó con ellas por medio de talleres, entrevistas en profundidad y ejercicios de observación sobre sus estrategias para sostener la vida en un sistema articulado que devalúa su trabajo, al mismo tiempo que las obliga a asumir una sobrecarga de responsabilidades. Se pone en discusión la categoría analítica de cuidados, por su capacidad para dar testimonio de la complejidad de las tensiones y contradicciones del contexto de estudio, y se propone mirar las estrategias con las cuales estas mujeres gestionan la reproducción del vivir en sus núcleos domésticos y entornos comunitarios.

PALABRAS CLAVE: reproducción del vivir, trabajo de cuidados, tensión capital-vida, mujeres, estudios rurales

The Reproduction of Living in the Midst of the Capital-Life Tension. Jobs and Knowledge for the Care of Life

This paper presents the results of a research carried out in the center of Veracruz, Mexico, with 25 peasant women organized in two saving groups. During two years, we worked with them through workshops, in-depth interviews and observation exercises, on the strategies to sustain life in the midst of an articulated system that devalues their work, while mandating them to take on an overload of responsibilities. We discuss the analytical category of care because of its ability to account for the complexity of the tensions and contradictions of the study context and at the top of that we propose to look at the strategies with which they manage the reproduction of living in their domestic cores and community environments.

VERÓNICA MORENO URIBE
Universidad Veracruzana,
Xalapa, Veracruz, México
vermoreno@uv.mx

KEYWORDS: reproduction of living, work of care, capital-life tension, women, rural studies

Introducción

El interés por conocer y comprender las estrategias que cada día hilvanan las mujeres campesinas de la zona cafetalera del centro del estado de Veracruz me llevó a profundizar en las tensiones en torno a lo que he denominado “la reproducción del vivir”. Estas mujeres sostienen la vida propia y la de sus congregaciones, y generan bienestar, en medio de un entorno hostil de despojo y explotación que precariza sus trabajos y los lugares en los que disponen de recursos monetarizados. Entre el conjunto de trabajos, haceres y saberes que constituye el entramado complejo de sus estrategias está la participación en grupos de ahorro que les permiten disponer de dinero de forma mediada y posibilitan relaciones e intercambios no monetarizados con otras mujeres. A pesar de la heterogeneidad de sus vivencias, todas ellas tienen en común las microbatallas para resistir los múltiples cercamientos a su persona y ampliar los márgenes de disposición de sí mismas.

En el presente artículo se exponen algunos resultados de la investigación que se llevó a cabo con mujeres ahorradoras de comunidades rurales del centro de Veracruz.¹ Se pone énfasis en las estrategias que construyen para gestionar el bienestar, sostener los cuidados de sus congregaciones y suscitar todo tipo de intercambios económicos por fuera y en medio de la lógica del mercado, en un contexto de empobrecimiento y violencia creciente en cuyo seno fue posible problematizar la tensión entre capital y vida.

Nos acercamos al proceso de acompañamiento que la Cooperativa de Mujeres Cafetaleras Independientes (Comucafi) y la Asociación Civil Desarrollo Autogestionario (Auge) han proporcionado durante ya más de una década a las

1 El texto abrevia y recupera fragmentos de la investigación desarrollada en el marco del doctorado en sociología de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, de 2012 a 2016, con financiamiento del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Véase Moreno (2016).



VERÓNICA MORENO URIBE ▶ Una de las ahorradoras en su cocina, antes de la reunión de "Presta para ahorrar", Úrsulo Galván, Veracruz, 2015.

mujeres que forman grupos de ahorro en cinco municipios de la Región Centro de Veracruz: Coatepec, Xico, Cosautlán de Carbajal, Emiliano Zapata y Teocelo.

Los objetivos de la investigación fueron comprender el entramado de gestiones, haceres, relaciones y saberes que estas campesinas ponen en marcha para sostener la vida y enfrentar el embate sistemático de la devaluación de su trabajo, su persona y sus experiencias, y configurar a contracorriente lo que he llamado “estrategias para la reproducción del vivir”.

Para trazar las premisas metodológicas y epistémicas de la investigación fue necesario ubicar las coordenadas analíticas. En primer lugar, la relativa a los múltiples trabajos, haceres, saberes y experiencias

no valorados, no vistos y no reconocidos por el arbitraje del sistema de valor-dinero, propio de la lógica del capital, ni por las teorías económicas clásicas. Quienes sostienen la vida y se encargan de criarla en medio de la tensión de un sistema de muerte, que la ataca, son personas específicas.

La segunda coordenada analítica examina los procesos de construcción de desigualdad articulados a la socialización en torno a los mandatos de género,² que ordenan y prefiguran la división del trabajo por

2 Se inculcan ordenadores de género mediante un conjunto de dispositivos disciplinadores e instituciones sociales con los que la persona aprende los contenidos de lo femenino, lo masculino o sus transitividades vigentes en el momento histórico y la sociedad en la que nace.

sexo, y se intersectan con aspectos potencialmente desiguales, como la edad, la situación marital y la clase, que se conjugan con los modos específicos del capitalismo neoliberal y patriarcal de organizar e instrumentar de manera diferenciada la explotación y opresión de las mujeres.

La tercera coordenada se refiere a los procesos de subjetivación en la experiencia vital de generar estrategias para la reproducción del vivir, en el sentido de ser persona-mujer y formar parte de una comunidad; en sus afectos, anhelos y horizontes de deseo y de proyecto que las constriñen y limitan, o les permiten márgenes acotados de libertad y autonomía; así como en su percepción del bienestar, mediada por la vivencia de la violencia y la precarización.

Premisas metodológicas y epistémicas: construir conocimiento a partir de la práctica de la relación

Partimos de dos premisas epistemológicas en las que se asienta ética y políticamente la metodología. La primera se deriva de la complejidad del pensamiento epistémico (Zemelman, 2006), y la segunda, de la posibilidad de construir conocimiento a partir de la práctica de la relación (Rivera, 2002).

En relación con el proceso de construcción de conocimiento, comenzamos por la tensión que resulta del desajuste entre teoría y realidad, que obliga a hacer un esfuerzo de resignificación constante de los conceptos que queremos utilizar para explicar realidades móviles y contingentes (Zemelman, 2006). Este desajuste nos reta a superar formas de construir el pensamiento basado en teorizaciones apriorísticas y predictivas.

Construir conocimiento desde el pensamiento epistémico implica considerar que éste no tiene un contenido dado, sino que en el diálogo con la realidad adquiere la densidad para explicarla: “la

centralidad del pensamiento epistémico es la pregunta, no es el predicado, no es la atribución de propiedades” (Zemelman, 2006: 3). En términos metodológicos, supone también pensar en las categorías como posibilidades explicativas o coordinadas intuitivas, más que como estancos prefigurados sobre la realidad que se intenta describir.

Baste decir que el tránsito de la categoría inicial “cuidados” a la de “reproducción del vivir” es resultado de este proceso de interpelación de la realidad de las mujeres con las que se trabajó. Obedece a la necesidad de nombrar la multiplicidad de haceres, gestiones, saberes y experiencias no necesariamente subsumida en el trabajo de cuidados que ocurre en sus unidades domésticas, pero que lo implica, y que en su entramado constituye una estrategia compleja de articulación entre ellas y otros actores comunitarios.

La segunda premisa se sustenta en la perspectiva de María Milagros Rivera (2002) sobre la práctica de la relación, entendida como un espacio de intercambio de saberes entre mujeres, posible por el hecho de que la relación que se construye parte de la potencia de conferir y reconocer autoridad a las palabras, experiencias y sentires de las mujeres con las que se conversa.

Esta posibilidad rompe con el orden patriarcal, un orden jerarquizador y desautorizante de saberes, haceres y sujetos, y pone en el centro la experiencia, en virtud de la cual se gestan las estrategias y los saberes asociados a ella. Por eso requiere un ejercicio de dilucidación sobre el propio *locus* de enunciación desde el que se dialoga-comparte-interviene.

Como resultado de esta apuesta premeditada por intervenir para propiciar la conversación, se hicieron 15 talleres, cuyos contenidos fueron convenidos con los grupos de mujeres de acuerdo con su interés en aspectos específicos de la investigación, y 25 entrevistas en profundidad, y se colaboró en seis talleres diseñados y desarrollados por la Auge.

Sostener la vida en medio del cafetal

El territorio en el que se asientan las mujeres con las que se trabajó se ubica en la Región Centro, o de Capital, de Veracruz, que circunda el macizo montañoso de la Sierra Madre Oriental, en su vertiente este. En su paisaje se observan manchones de bosque de niebla o mesófilo de montaña —uno de los ecosistemas más amenazados en el mundo (Contreras, 2010)—, aledaños a grandes extensiones de pastizales y cafetales de sombra. Este paisaje ha sufrido una serie de modificaciones por los procesos de colonización, las transformaciones de la estructura agraria, los sistemas de producción, las actividades productivas y la disputa por la apropiación de sus recursos, que también han repercutido en las relaciones de producción, dominación y explotación.

Las mujeres campesinas con las que se dialogó gestionan sus estrategias de reproducción del vivir en medio de tensiones complejas. Para comprenderlas, propongo relacionar tres fenómenos que le dan especificidad al contexto: por una parte, la feminización de la pobreza (Craske, 2007), y por la otra, el incremento exponencial de la migración intermunicipal desde comienzos del siglo XXI y el declive del cafetal, uno de los principales sistemas productivos de la región.

Como menciona Lorena Paz (1995, citado en Córdova, Núñez y Skerritt, 2007), el impacto de la caída de los precios del café debido a la sobreproducción mundial cobra relevancia a finales de la década de 1980. Hasta entonces, la venta del aromático ocupaba el tercer lugar en la generación de divisas, con 36% de las exportaciones agrícolas. Sin embargo, la disolución del Instituto Mexicano del Café en 1989; la desregulación de los procesos de financiamiento, acopio, beneficio, certificación y comercialización del grano; la ruptura del acuerdo internacional de café, que asignaba cuotas de exportación por país para mantener el precio internacional en un nivel razonable, y la apertura comercial

causaron una profunda crisis de la que aún no se recuperan los productores de la región. Esto significó el abandono de cafetales, la disminución en la producción, el aumento de enfermedades y plagas en los cultivos, la caída drástica en los ingresos de los trabajadores y la pauperización de sus condiciones de vida.

Alrededor de 300 000 campesinos perdieron su empleo y se insertaron en el flujo de la migración internacional (Aragón, 2006, citado en Nava-Tablada, 2012). Además, la tendencia al cambio del uso de suelo, el incremento de las tierras en venta y la sustitución de los cafetales por otros cultivos cobraron auge en esta zona.

La migración se aceleró en la entidad en los últimos años del siglo XX y primeros del XXI. Veracruz se mantuvo en el sexto lugar nacional de emisión de migrantes, con 5.6%. Todas las mujeres con las que trabajamos tenían una experiencia personal o cercana relacionada con la migración. Gran parte de las que se fueron de sus municipios o del país para ocuparse como empleadas domésticas, en comercios o en el sector de servicios tenía entre 20 y 29 años de edad, como se constata en la tendencia estatal. Casi todas eran madres y esto significó gestionar arreglos en su espacio doméstico, con las que se quedaban, para que se ocuparan de la crianza de sus hijos. En otros casos, las que se quedaron reacomodaron los tiempos de la crianza y los trabajos dentro y fuera de la casa, más los que les iban saliendo, para resolver su economía en ausencia de los suyos.

Si bien la movilización hacia fuera de México es importante, la emigración en Veracruz es en su mayoría dentro del estado y quienes más emigran son las mujeres. Respecto a la emigración internacional, la diferencia es sustancial. Tan sólo en la década de 1990 dejaron el país 1 843 veracruzanos, mientras que 163 924 salieron de la entidad. De esta última cifra, 51% eran mujeres.

En relación con estos procesos, en décadas recientes constatamos la proliferación de tres fenómenos vinculados a la feminización de la pobreza: el

aumento del número de mujeres entre los pobres, el incremento de la pobreza entre las mujeres y la agudización de aspectos específicos dentro de la pobreza que afectan a las mujeres de manera diferencial (Bridge, 2001, citado en Espino, 2007; Craske, 2007);³ por ejemplo, el incremento de hogares con jefatura femenina sin acceso a seguridad social ni programas gubernamentales (Inmujeres, 2010)⁴ y con mayor incidencia de inseguridad alimentaria severa (Coneval, 2012).

Si los datos nacionales son preocupantes, en Veracruz el panorama no es menos desalentador. Un análisis del comportamiento de cuatro indicadores relacionados con la pobreza por ingresos en la entidad, de 1990 a 2014, muestra que el año más crítico en los casos de pobreza alimentaria y patrimonial fue 2000, con cifras superiores a las de 1990. Si bien en ambos indicadores hay un descenso después de ese momento crítico, a partir de 2006 observamos de nuevo un incremento. En 2010, el indicador de pobreza alimentaria se elevó cinco puntos porcentuales, y el de pobreza patrimonial, siete puntos respecto a las cifras de 2006 (Coneval, 2014).

Al comparar el comportamiento de los indicadores estatales y naciones de pobreza por sexo, de 2008 a 2018, encontramos un incremento por corte de tiempo y escala. En 2016, la proporción de mujeres en situación de pobreza en el país era de 44.2%, mientras que en el estado era de 62.2%. De 2008 a 2016, la diferencia fue de 11 puntos. Es decir, en Veracruz no sólo se ha elevado la cantidad de mujeres en situación de pobreza en la última década, sino que la entidad ha estado muy por encima de la media nacional (Inmujeres, 2010).

Pero ¿qué implicaciones tiene en la vida de las mujeres el despliegue de esfuerzos para reproducir la vida propia y la de sus congregaciones en un contexto de precarización creciente, que vulnera sus vidas y dificulta las estrategias para generar bienestar? En medio de esta adversidad, para enfrentarla y sobreponerse a ella, se han organizado para construir

comunidades de cuidado —por ejemplo, los grupos de ahorro— que posibilitan los acuerdos y las prácticas solidarias, de intercambio y reciprocidad.

La reproducción del vivir en medio de la tensión capital-vida

¿De qué modo el concepto de reproducción del vivir permite complejizar la realidad que queremos nombrar? El principio del vivir denota una acción ejecutada por personas que ocupan posiciones desiguales en el conglomerado social, así como cuerpos marcados por ordenadores de género, sujetos a varios tipos de diferenciación, por cuya gestión ocurre el sostenimiento de la vida. Esta vida —vulnerable, interdependiente, inconstante y precaria—⁵ no se sostiene sola, requiere ser criada y cuidada mediante trabajos, haceres y saberes que implican la disposición del tiempo de vida, así como esfuerzo, en los

3 Nikki Craske analiza los costos sociales de los procesos de ajuste estructural de la década de 1980 en Latinoamérica, sobre todo en términos de la feminización de la pobreza: “en promedio, a las mujeres se les paga menos que a los hombres, se encuentran concentradas en los trabajos de menor ingreso, menor estatus y, con frecuencia, más irregulares; tienen menos acceso a los beneficios del bienestar tradicional —por ejemplo, pensiones—, que por lo regular han estado asociados al sector formal [...] y las estrategias de combate a la pobreza no suelen prestar demasiada atención a los temas de género” (2007: 127).

4 En 2008, 96.6% de las jefas de hogar, pertenecientes a 20% de los hogares más pobres del país, no eran derechohabientes, mientras que 37% no tenía cobertura de programas sociales ni seguridad social —Procampo, Oportunidades, Seguro Popular—. En el país, las cifras para los mismos indicadores son 76.4% y 54.3%, respectivamente (Inmujeres, 2010: 5).

5 Sobre las dimensiones en las que se concreta lo precario, véase Lorey (2016). De acuerdo con Isabell Lorey y Judith Butler (2006), pensar en la condición precaria de la vida significa reconocer una vulnerabilidad coextensiva al nacimiento e inherente al hecho de que las personas requieren cuidados para subsistir.

que ocurre todo tipo de intercambios y negociaciones, necesarios para fraguar la vitalidad de las personas.

Frente a la ficción moderna y liberal del individuo independiente, autónomo y autosuficiente, se revela el hecho inexorable de que la vida humana precisa ser procurada. ¿Quién se hace cargo de ello? ¿En qué condiciones? ¿Qué estrategias tiene que urdir? ¿Con quién tiene que convenir los ajustes necesarios para que esa vida, además, sea digna y se conforme a las convenciones del bienestar? El énfasis recae en quienes asumen la tarea titánica de sustentar la *acción de vivir*, propia y de otros, u otras; es decir, en las personas que la sostienen en medio de un sistema que la ataca.

En el caleidoscopio de las sociedades modernas, capitalistas y heteropatriarcales, en las que sólo el trabajo abstracto y su resultado son tasados como valor de cambio o como mercancía, el trabajo reproductivo se distingue política, simbólica y económicamente del trabajo productivo, en esencia porque en su centro no existe el sistema de valor-dinero, sino el de los haceres que sostienen la vida. Así como dentro de la contabilidad del capital la naturaleza es una externalidad que sirve para generar riqueza, pero en sí misma no lo es, el trabajo reproductivo-improductivo no se considera fundamental ni siquiera para la propia consecución del capital.

La supremacía teórica del trabajo que se realiza en el marco de las relaciones monetarizadas, o por su mediación, ha sido cuestionada desde la década de 1970 por el feminismo italiano, en el que surgieron los primeros estudios que relacionan la reproducción social y el bienestar con el trabajo doméstico. De acuerdo con Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (2011), el debate sobre trabajo doméstico se divide en dos ejes. El primero vincula género y economía, y el segundo se desarrolla bajo la orientación de la economía feminista, que amplía su concepción al hablar del trabajo de cuidados y destacar su importancia para asegurar el bienestar

de las personas. El énfasis de esta percepción de la reproducción social se pone en el conjunto de tareas necesarias para garantizarle al capital mano de obra asalariada. En esta propuesta, el trabajo doméstico se integraría al trabajo de reproducción social, con la producción de bienes para el mantenimiento físico de las personas, el cuidado de las infancias y personas adultas para la reposición de la fuerza de trabajo, y la gestión de las relaciones sociales. Es decir, todo lo que hoy se conoce como trabajo de cuidados.

En el marco de esta discusión, se propone el concepto de división sexual del trabajo para introducir el debate sobre la organización de los trabajos en razón de los sistemas sexogenéricos, circunscritos a espacios de actuación diferenciados y naturalizados como designios consustanciales al sentido de lo femenino o masculino en una sociedad específica. A pesar de ser útil en general, este concepto no permite dilucidar aspectos que nos parecen fundamentales para comprender de qué manera la asignación social de los trabajos de reproducción y cuidado, sobre todo en el caso de las mujeres, se articula a otras formas de despojo, opresión y explotación, y se concreta de manera diferencial en la diversidad de contextos, por la intersección de aspectos prescriptivos, como la edad, la situación marital, la nacionalidad, los procesos de racialización, la escolaridad y la clase, entre otros.

En la modernidad, en medio de las tensiones entre el trabajo abstracto y los trabajos y haceres necesarios para la reproducción del vivir, por un lado, y el sistema de valor-dinero y otras formas de bienestar no reductibles a los intercambios monetarizados, por el otro, los vínculos generados a partir de las relaciones mercantiles, que fagocitan los intercambios posibles entre relaciones, tienen preeminencia para el ordenamiento del universo de las relaciones sociales.

Apoyado por el paradigma económico neoclásico y su concepción del valor, este sistema socioeconómico cataloga como irrelevantes los haceres no



ANGÉLICA PORTALES ▶ Vista de Coatepec, Veracruz, desde el Cerro de las Cruces, 2008.

subsumidos en la forma de trabajo abstracto, lo que genera un antagonismo entre estos y quienes los reproducen, y reduce la esfera de lo económico a lo que es productivo para el capital porque crea plusvalía. Este antagonismo se basa en la creación de jerarquías entre quienes producen valor por medio de su trabajo y quienes no se tasan con este indicador, dentro de la lógica de este sistema. Estos últimos obtienen una percepción deteriorada y disminuida de sí y de su hacer en el mundo.

Bajo esta perspectiva se distorsiona la apreciación del bienestar, que se reduce a la participación en el mercado a partir de la relación salarial y para el consumo, y el sentido mismo de los trabajos

necesarios para generarlo. En contradicción suprema, el sistema de muerte que es el capitalismo se sostiene en el discurso con la promesa del bienestar. Coludido con los dispositivos heteropatriarcales para el dominio y la sujeción, el ocultamiento de estas tensiones y contradicciones le permite al capital instaurar una idea de quiénes son los sujetos útiles, legítimos y productivos para la consecución de su ideal de progreso; cuáles son las vidas que merecen ser vividas y protegidas (Pérez, 2014); cuáles son los propósitos y los horizontes que esos sujetos deben trazarse para dar continuidad y sentido al sistema, y cuáles son los trabajos, las relaciones y las gestiones certificadas para ello.

El trabajo de cuidados: entre la tiranía y el sostenimiento de la vida

No se valora el trabajo que hacemos porque ése no es trabajo. A nosotros no nos lo venden como un trabajo, porque no gana dinero, no genera, porque ése no es trabajo, no es remunerado. Pero si dijeras: “oye, hoy no lo puedo hacer, y una semana no lo puedo hacer”. ¿Qué haces? Tienes que buscar quien lo haga, pero eso sí es trabajo, entonces sí, ya es trabajo. Pero como mujeres, en la casa, no es trabajo (Talleres Comucafi, Coatepec, Veracruz, 2014-2015).

El segundo aporte fundamental a la discusión sobre el trabajo reproductivo se plantea a partir de la economía feminista, con el esfuerzo de conceptualización del trabajo de cuidados apenas diez años antes de que terminara el siglo pasado. Este concepto surge en el marco de sociedades europeas, en las que el Estado de bienestar es un referente real que atraviesa la noción de ciudadanía de la mayoría de las académicas que se abocan a este propósito, y permea la reflexión sobre la corresponsabilidad de la reproducción social en la relación entre el Estado y las ciudadanas.

Esta precisión es crucial porque la complejidad principal de los entramados que experimentan las mujeres con las que trabajamos rebasa por mucho los trabajos de cuidados. Por eso aquí se propone mirar sus estrategias para la reproducción del vivir, por ejemplo, la construcción de comunidades de cuidados.

En el fondo de la propuesta del concepto de trabajo de cuidados está el cuestionamiento a un sistema orientado por las coordenadas unidireccionales del mercado y también un llamamiento a encaminar el sistema de valor hacia el cuidado de la vida. Nos interesa recuperar la centralidad que este concepto le da a las preguntas por las condiciones

que sostienen la vida y por el concepto de vida “que merece ser vivida” (Pérez, 2014).

Otra dimensión que el concepto de trabajo de cuidados considera es la de los afectos, minimizada por la perspectiva del trabajo doméstico. Desde esta nueva mirada, la labor de gestión del conflicto y el soporte emocional vinculados a la crianza, el cuidado de enfermos y dependientes, y el sostén de las relaciones de intimidad interpersonales también forma parte de la multiplicidad de haceres impuestos como inexorables a las mujeres en el espacio doméstico.

En este punto es fundamental observar que los mandatos en torno al cuidado se concretan como inevitables para las mujeres de edades y condiciones sociales distintas en el seno de las sociedades contemporáneas. Esta tiranía se expresa de manera diferencial en los procesos de desigualdad, opresión y explotación en los que transcurre, o no, la vida de cada mujer. Cumplimentar estas prescripciones, organizadas en términos culturales y económicos, en un contexto de precarización, empobrecimiento y violencia es por completo diferente, por ejemplo, si se cuenta con redes de apoyo, si los esfuerzos asociados a las mujeres están distribuidos con equidad en el espacio doméstico o si hay recursos de diferente naturaleza para aminorar la carga que estos esfuerzos significan.

Esta tiranía impacta los procesos de subjetivación de quienes despliegan los afanes para sostener los cuidados en un contexto que no los considera relevantes como trabajo ni como generadores de riqueza, y en la medida en que se circunscriben a la esfera de lo privado, tampoco se asumen como un asunto que deba ser regulado por el Estado ni considerado en las agendas de bienestar social. Esto invisibiliza los abusos y violencias a los que pueden asociarse los cuidados.

Estos mandatos inexorables, establecidos mediante dispositivos que institucionalizan la maternidad, por ejemplo, están rígidamente colocados en

estructuras de organización social de la vida material y simbólica de las comunidades. Estar obligadas a cuidar en medio de la precariedad y sin mucho margen para conciliar estos esfuerzos con el resto de los haceres y trabajos se convierte en una labor titánica, llena de contradicciones que es preciso delimitar.

En los talleres encontramos que las mujeres con las que se trabajó, a excepción de una, no cuestionan la asignación del trabajo de cuidados como su responsabilidad. Cuando problematizan este trabajo, piensan en cómo conciliarlo con los otros trabajos que desempeñan y cómo librar la presión de esposos, hijos, padres, y la sanción de su comunidad por no destinar tiempo suficiente a la casa, pero no consideran otro destino posible para sus vidas.

Para Amaia Pérez (2014), el trabajo de cuidados se organiza en torno a tres tipos de tareas: 1) las relativas a asegurar las precondiciones materiales del cuidado, articuladas principalmente al trabajo doméstico; 2) el cuidado en sí, que implica la interacción con las personas y la atención de sus cuerpos y afectos, y 3) la gestión mental, que concentra todo el trabajo de planificación y supervisión del proceso. Esta perspectiva del cuidado pone sobre la mesa las dimensiones en las que ocurre —material, corporal, afectiva, emocional— y pondera la relevancia de los vínculos que genera su despliegue, y no sólo el resultado del cuidado.

Resultados: nombrar la reproducción del vivir desde la tensión y en situación.

La experiencia de las mujeres ahorradoras en el centro de Veracruz

Cuando hablamos de la reproducción del vivir y su significación en las comunidades rurales a las que pertenecen las mujeres con las que trabajamos,⁶ nos referimos a:

- 1) Actividades, conocimientos y relaciones que organizan y sostienen los cuidados de la vida material y afectiva de los grupos domésticos, que aun cuando responden a la necesidad de atender su vulnerabilidad y permiten su pervivencia en el tiempo, están infravalorados socialmente y no son reconocidos como trabajo.
- 2) Estrategias y cálculos para hacerse de recursos, bienes y servicios, mediante una diversidad de intercambios y gestiones que hacen posible resolver problemas, enfrentar necesidades y garantizar el cuidado y el bienestar de individuos particulares y de una colectividad. En el contexto de estudio, estos son instrumentados en condiciones de precariedad y violencia.
- 3) Distribución y asignación inequitativa de tareas en los grupos domésticos, en función de la edad, el sexo y la situación marital. Si bien es sustantivo, el resultado es efímero, porque nunca cesa y se distribuye con desigualdad entre quienes se benefician de él.
- 4) Una mayoría de mujeres. En estos grupos, ellas desempeñan los trabajos como consecuencia del lugar social que ocupan, lo que les impide disponer de sí y de los bienes comunes, y crea una fuerte dependencia vital respecto de los otros. También forjan una serie de conocimientos y capacidades, y atienden dependencias de los miembros del grupo doméstico en condiciones desfavorables para ellas.
- 5) Trabajo que se lleva a cabo sobre todo en la esfera doméstica y privada, aunque no se circunscribe a ella, pues implica intercambios y

6 Las aproximaciones a la reproducción del vivir que aportamos se gestan en la experiencia de trabajar con las mujeres que participaron en esta investigación. No es un concepto que emana de la reflexión sobre sus vidas, sino dentro de la relación con ellas, lo que me ha permitido pensar en mis propias estrategias de reproducción del vivir.

gestiones en otros ámbitos, mercantilizadas o no, con el objeto de mantener esta esfera, lo que hace borrosos los límites entre la reproducción y la producción.

- 6) Relaciones de poder y jerarquías, exclusión, explotación, violencia, subordinación y dependencia, que constituyen a los sujetos que las interiorizan. Relaciones de solidaridad, comunidad, empatía, cariño, erotismo, cuidado y soporte para la atención de los dependientes, asalariados o no.
- 7) Una dimensión simbólica y de reproducción cultural sustantiva para las tareas de crianza y cuidado de infantes, que implica la enseñanza-aprendizaje de una lengua materna y los primeros procesos de individuación, socialización y significación de la realidad.
- 8) Una dimensión ontológica y epistémica dada por la ejecución de prácticas tendentes a sustentar las existencias y los saberes que se consideran apropiados para este propósito.
- 9) La continuidad de instituciones sociales, modos de vida, tradiciones, sistemas de creencias y costumbres que perpetúan la cultura de los grupos campesinos y les otorgan identidad, pero también contribuyen a la reproducción de sistemas de opresión y explotación, denigrantes para las mujeres, y clausuran su posibilidad de disponer de mayores márgenes de autonomía y participación en la vida comunitaria y en el propio grupo doméstico.

La relevancia de la propuesta de la economía feminista sobre el trabajo de cuidados es mayúscula. Este concepto abre la posibilidad de cuestionar:

- 1) La falacia del discurso economicista, así como de la tradición liberal y secular que lo acompaña, sobre el sujeto idóneo de la modernidad capitalista —independiente, autónomo y libre— y el supuesto subyacente de que sólo los

no asalariados son dependientes, para apuntalar la idea de que todos los seres vivos necesitamos cuidados, por lo tanto, somos interdependientes, inconstantes y precarios (Escobar, 2014; Lorey, 2016; Pérez, 2014).

- 2) La omnipotencia del mercado como regulador indiscutible de todo tipo de intercambio y su preeminencia para organizar las relaciones sociales y económicas. Podremos resaltar el conjunto de haceres, trabajos y tareas no acotados por la mediación monetarizada, fundamentales para el sostenimiento de la vida, y relevar la vida misma por encima del capital.
- 3) El monopolio que este discurso hegemónico se arroga sobre el bienestar.

Estos tres cuestionamientos nos acercan a la propuesta teórico-política del trabajo de cuidados. Sin embargo, por la complejidad de los mundos de vida de las mujeres que participaron en esta investigación, este concepto no alcanza para discutir algunas tensiones que identificamos en torno a la reproducción del vivir. Por ejemplo, quedan fuera los intercambios que ocurren más allá del espacio doméstico, con el objetivo de sostenerlo; el trabajo de traspatio, en huertos, solares, milpas, cafetales, parcelas y cría de animales, que aprovisiona a la familia de alimentos o productos para intercambiar o vender y suscita intercambios, monetarizados o no; las redes de solidaridad y apoyo construidas a partir de su participación en grupos de ahorro, para resolver las vicisitudes comunes de lo doméstico y de quienes congrega; el trabajo de jornaleras y otros trabajos de las mujeres que emigran, motivadas por el abastecimiento de la familia que se queda.

Es claro que el mercado es un elemento que regula de algún modo sus relaciones para gestionar los recursos y los bienes que necesitan para asegurar el bienestar en su entorno, pero también es evidente que el entramado de relaciones, prácticas y estrategias derivadas de esta necesidad se teje con

fibras de mayor calado. Es indispensable considerar el conjunto de intercambios y vínculos que se gestan fuera del espacio doméstico y que buscan darle continuidad. ¿Dónde dejamos la variedad de trabajos comunitarios en comités vecinales que no implican retribución económica sino pertenencia a la comunidad para contribuir con su sostenimiento? ¿Dónde ubicamos las relaciones de madrinazgo y amistad, y las que ocurren entre generaciones de mujeres en el espacio doméstico y comunitario para resolver material y afectivamente la ausencia de los varones migrantes? Cuando son las mujeres las que se van y se organizan en sus destinos para apoyarse, ¿este entramado construido como forasteras en tierras que no son las propias puede comprenderse en su complejidad desde la perspectiva unívoca del mercado?

En esta arquitectura ubicamos los casos de Luisa, quien emigró a Estados Unidos y dejó a su hija con su madre para que la criara, mientras ella reúne el dinero necesario para construir su casa; doña Lola, que involucra al hijo joven en la cosecha de café que venderá, pero no le paga un salario porque a cambio él tiene alimento asegurado, y Alma, que ha construido poco a poco su casa, en ciclos consecutivos de ahorro y crédito. Son muchas más las historias de las mujeres que en general disponen de poco dinero y aun así consiguen lo necesario para sostener la vida mediante otros intercambios —de tiempo, haceres, conocimientos, experiencias, recursos, bienes, afectos y solidaridades—. De aquí se colige que hay una diversidad de formas de sostener la reproducción del vivir, que se escapa a la lógica maniquea de la escisión entre trabajo productivo y no trabajo reproductivo, y que no tiene como centro de gravedad los mercados.

Como resultado de los talleres y las entrevistas planificadas, mediante los cuales indagamos el conjunto de estrategias, saberes y gestiones que se pone en juego para sostener la reproducción del vivir, así como el lugar que ocupa la disposición de recursos monetarizados y otros, encontramos que:

- 1) Si bien el grupo de mujeres considera en general que su acceso regular al dinero es más limitado que el de los hombres, ellas tienen mayor facilidad para arreglárselas sin él.
- 2) Aun cuando la posibilidad de contar con dinero para atender los asuntos domésticos representa trajinar menos, gran parte de las necesidades en este ámbito pueden resolverse por medio de otros intercambios, no monetarizados.
- 3) En general, ellas se perciben como administradoras y no como proveedoras de recursos, aunque al sumar sus ingresos diversos reúnan montos incluso superiores a los de sus compañeros.
- 4) Cuando escasea el dinero en la casa, son ellas quienes rebuscan aquí y allá para enfrentar las carencias y los problemas que esto implica.
- 5) Las mujeres se endeudan más.
- 6) Hay una percepción divergente entre la deuda como casi la única posibilidad de solventar gastos mayores de inversión en agricultura y como forma de empobrecimiento.
- 7) A pesar de la idea generalizada de que el dinero siempre falta, concuerdan en que siempre es posible ahorrar un poco.
- 8) Cuando hombres y mujeres disponen de dinero, lo destinan a necesidades diferentes: ellas priorizan el cuidado de su congregación, en específico de los varones. Si ellas administran, “nadie se queda sin comer”.
- 9) Existe una percepción contrastante del valor del dinero, como indican las expresiones “tenemos todo, menos dinero” y “siento que no tengo nada”. A menudo se transita de un lugar a otro y los límites del “tener” se tornan indefinidos y contradictorios.
- 10) La noción de tener no sólo está mediada por el dinero que se posee sino por el acceso a recursos, como animales y semillas, vistos como formas de ahorro y bienes potencialmente vendibles.

- 11) Existe una tensión constante en la percepción de los trabajos que desempeñan las mujeres: primero, por el reconocimiento de su importancia económica —que luego ellas mismas ponen en duda—; segundo, por su relevancia para el funcionamiento de la familia, y tercero, por la apreciación de que sólo es trabajo aquel que es remunerado: “si lo pagan es trabajo, si lo hacemos nosotras, en casa, no es trabajo” (Talleres Comucafi, Coatepec, Veracruz, 2014-2015).
- 12) Las mujeres se ven sometidas a presiones para enfrentar la carencia de dinero y salir del núcleo doméstico a conseguirlo, o paliar su ausencia con otras estrategias.
- 13) Hay potencia en el autorreconocimiento de estas capacidades para tejer estrategias que permiten reproducir el vivir: “resolver lo de otros”, “ser todólogas”.
- 14) Existe una percepción mediada de la libertad, por el acceso o falta de acceso al dinero: “cuando se decide qué se compra, qué se hace”, sin el mandato del marido y como primera condición para empoderarse.
- ¿Es entonces el dinero el ordenador de las relaciones sociales en la modernidad? ¿Será necesario matizar esta hegemonía en el contexto que nos ocupa? ¿Tendremos también que dudar de la concepción unívoca de riqueza como riqueza abstracta y del presupuesto de que la producción de riqueza concreta depende del trabajo abstracto? Aún más: si el mercado es el organizador inexorable de todo tipo de intercambio económico y el satisfactor incuestionable de todas las necesidades, ¿es cierto, o falso en parte, que la reproducción del vivir está subsumida en la producción de capital en la geografía que analizamos? **D**

Bibliografía

- Butler, Judith, 2006. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Carrasco, Cristina, Cristina Borderías y Teresa Torns, 2011, “Introducción. El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales”, en Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 13-95.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), 2012, *Pobreza y género en México. Hacia un sistema de indicadores*, Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, México. Disponible en línea: <https://www.coneval.org.mx/Informes/Coordinacion/INFORMES_Y_PUBLICACIONES_PDF/PobrezayGeneroenweb.pdf>.
- , 2014, “Indicadores de pobreza por ingresos, Veracruz, 1990-2014”. Disponible en línea: <https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Veracruz/PublishingImages/Veracruz_pobreza_ingreso_2014.JPG>.
- Contreras, Armando, 2010, “Los cafetales de Veracruz y su contribución a la sustentabilidad”, en *Estudios Agrarios*, vol. 16, núm. 45, pp. 143-161. Disponible en línea: <http://www.pa.gob.mx/publica/rev_45/analisis/Armando_Contreras_Hernandez.pdf>.
- Córdova, Rosío, Cristina Núñez y David Skerritt, 2007, “Introducción: nuevos escenarios de la migración en México. Veracruz como parte de los flujos migratorios a Estados Unidos”, en Rosío Córdova, Cristina Núñez y David Skerritt, *In God we Trust. Del campo mexicano al sueño americano*, Universidad Veracruzana/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/Plaza y Valdés, México, pp. 9-33.
- Craske, Nikki, 2007, “Género, pobreza y movimientos sociales”, en Sylvia Chant y Nikki Craske, *Género en Latinoamérica*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, pp. 107-146.
- Dalla Costa, Mariarosa, 2009, “Poder femenino y subversión social”, en Mariarosa Dalla Costa, *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*, Akal, Madrid, pp. 21-52.
- Escobar, Arturo, 2014, *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Universidad Autónoma Latinoamericana, Medellín.

- Espino González, Alma, 2007, "Género y pobreza: discusión conceptual y desafíos", en *La Ventana*, vol. 3, núm. 26, pp. 7-39.
- Federici, Silvia, 2010, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres), 2010, *Pobreza y género. Una aproximación a la forma diferencial en que afecta la pobreza a mujeres y hombres en México, 2010*, Instituto Nacional de las Mujeres, México. Disponible en línea: <http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos_download/101180.pdf>.
- Lorey, Isabell, 2016, *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Moreno, Verónica, 2016, *Mujeres ahorradoras del centro de Veracruz y sus estrategias por la reproducción del vivir y para la disposición de sí, en medio de procesos de empobrecimiento, explotación y opresión*, tesis de doctorado en sociología, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- Nava-Tablada, Martha Elena, 2012, "Migración internacional y cafecultura en Veracruz, México", en *Migraciones Internacionales*, vol. 6, núm. 3, pp. 139-171.
- Pérez, Amaia, 2014, *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Rivera, María Milagros, 2002, *El fraude de la igualdad*, Librería de Mujeres, Buenos Aires.
- Zemelman, Hugo, 2006 2012, "Pensar teórico y pensar epistémico: los retos de las ciencias sociales latinoamericanas", *Espacio Abierto*, vol. 30, núm. 3, pp. 234-244. Disponible en línea: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12268654011>>.